

de Vanguardia, jueves 19 mayo 1983

Goy P/1747

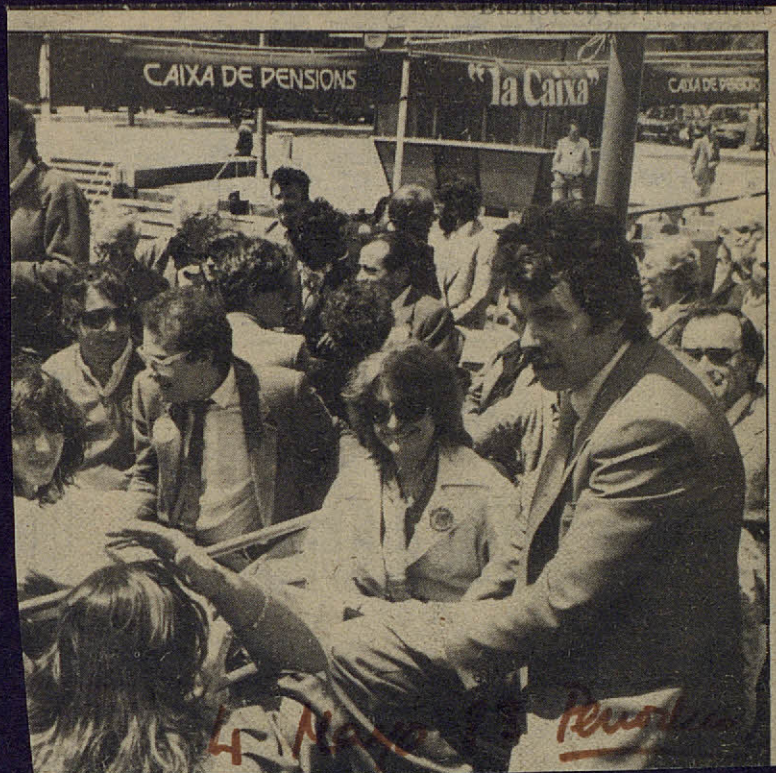
Muy a tiempo

vuelve

«La Piel de Toro»

El clarificador, sobrecogedor, *La pell de brau* de Salvador Espriu con que Verrié comenzó su impecable colección *Le Lletra d'Or* (1960), una ocasión perdida para el Premio de la Crítica (que se le otorgó al *Setmana Santa*, siguiente), tres años después aparecía con un soberbio estudio de María Aurèlia Capmany y —frente al texto original— la ajustada y admirable traducción castellana del poeta José Agustín Goytisolo. Mas no salía de prensas españolas, sino de las parisien-ses del Ruedo Ibérico.

Veinte años después vuelve a salir *La piel de toro*, en su edición bilingüe (Lumen), con el alabado estudio de la Capmany y la traducción de Goytisolo. Pero una traducción que no es exactamente la misma, pues Goytisolo ha revisado poema a poema apurando la adecuación de acentos y términos, en aras de una más adherente llaneza de su texto. Una joya que, por desgracia —en el aspecto civil, se entiende—, no ha perdido un ápice de su desolada vigencia.



TRIBUNA

Goy P/1748

MARTES, 3 MAYO 1983

Mi calle en mi ciudad

CONFIESO que no me gusta el tono de la campaña electoral, sobre todo en las grandes ciudades. Los pueblos, con las naturales excepciones, dan ejemplo de ponderación y de eficacia al preocuparse exclusivamente de sus problemas reales. En las grandes urbes —y en algunas medianas— la politización es excesiva y las baterías ideológicas disparan sin cesar, superando continuamente los niveles de tolerancia de la ciudadanía y las fronteras de la corrección y de la imprescindible convivencia. Tengo la impresión de que los futuros electores no se sienten motivados y miran entre asombrados y alarmados la guerra sucia dialéctica de algunos partidos. Observo que en lugar de ensalzar los proyectos y programas propios, que sería lo natural, se dedican a la más incivil antropofagia, a la destrucción del adversario por los caminos que sean. Mientras escribo este papel tengo en mi mesa unas aleluyas, una "auca", que los socialistas dedican al señor Trias Fargas y que es un ejemplo vivo de lo que no se debe hacer. Nunca el fin justifica los medios.

¿Me dejan explicar mi visión de unas elecciones municipales? Gracias. Verán, yo vivo en una pequeña calle de Gracia,

estrecha y corta, que guardaba hasta hace pocos años un amable perfume menestral. Me encantaba por el silencio, la atmósfera humana, el rumor apagado de los pequeños talleres y una solidaridad afectuosa que se respiraba. Se parecía a la bella historia de Thornton Wilde en "Our town". Esta calle, como muchas de aquella barriada llena de personalidad, se ha ido degradando. Se ha convertido en letrina de perros, en garaje permanente, con coches aparcados sobre las aceras que obligan a las personas que van a pie a un constante ejercicio de defensa, por las noches la luz es notoriamente pobre e insuficiente —ya me han atracado dos veces y el desvalijamiento de coches es una actividad cotidiana—, la suciedad y el abandono son angustiosos, la vieja y entrañable atmósfera humana se ha hecho reservona y desconfiada. Incluso en pocos balcones se conserva la caricia visual de las flores.

Cuando pienso que mi calle necesita luz, barrenderos, vigilantes, flores, agua y menos coches, los aspirantes a edil se van por las ramas de las ideas generales y me llenan de retórica y de odiosos insultos entre ellos. En su programa electoral, los socialistas dicen solemnemente que su política

no es la de "fer cosetes". ¡Dios mío! ¿Que no se dan cuenta que lo único que espera el ciudadano es que se hagan "cosetes"? Con "cosetes" —tres faroles más, unos barrenderos más activos, unos vigilantes compenetrados con el vecindario como los de antes, una política de perros y de coches muy elemental pero decidida— mi calle recuperaría su antigua fisonomía y los vecinos seríamos felices. Volveríamos a poner flores en balcones y ventanas. Volveríamos a sonreír.

Yo no quiero más que "cosetes", como tantos barceloneses que no sueñan, las benditas y esperadas "cosetes" de ununtamiento inteligente que quiere defender a su ciudad y no a lejanas y brumosas concepciones del mundo que no limpian, ni iluminan, ni hacen sonreír a los vecinos de mi pequeña calle de Gracia. ¿Demasiado elemental? Es posible. Pero las cosas son como son y no de otra manera. Mi felicidad municipal, como ven, es muy modesta. Otros se preocuparán por otros aspectos de la vida ciudadana. Atenderlos es la misión de los ocupantes de la Casa Gran. Todo lo demás es tocar el arpa mientras se hace volar a las palomas.

Manuel IBÁÑEZ ESCOFET